

EL OJO DE LA AGUJA

Amor y miedo extendidos como paisaje al fondo
de una soledad sin término.

Sí, puedes quejarte de que siempre te diga sólo eso,
puedes quejarte y quizá harías bien en huir
por hacerte escondida hormiga o de mi aburrirte,
pues es verdad que jamás te he dicho nada muy distinto
por mucho que a veces haya procurado
torpemente variar algún motivo
y te haya entonces dicho: “son lobos pequeños,
pero muerden dentro”, o “las lunas dulces bailan
como si fueran una huida y por esto
ahora sí que no podemos dudar
de que todas las mañanas nacen muertas”.
Pero tienes razón, la tendrás siempre: puedes quejarte,
es más, deberías hacerlo y a mí me parecería correcto,
ya que como en resumidas cuentas es lo mismo
de sobras sé que de nada sirve eso.
¿Pero qué quieres? Quizá en estos grises ejercicios
en que mi nombre busco, y en los que quizá vivo,
estos huecos ritmos quizá —aunque ya ves
que no estoy muy seguro— sí hubieran servido
para que comprendieras que no puedo decir
más que lo que digo, y que lo único cierto
es que me he pasado la soledad injusta de la vida
intentando hacer pasar, con dedos enfermos,
un lluvioso e improbable amor por el ojo
de la aguja de aquel híbrido
de aguafiestas y carcelero
que entre tú y yo
llamamos miedo.

LLUVIA

El lugar de las mañanas, sí, es el de nunca.
El de jamás y el de nunca. Y lo sabes bien.
Tú que atravesaste madrugadas como cuerpos
sin destino, como cuerpos de sueño que no sirven, o que a nada, ni
a un diminuto calor acercan,
bien o así o desde el dolor de un silencio
sabes que el nombre de las mañanas
por letras misteriosas es tejido

si no es nunca. Lo sabes y cómo lo sabes.
Cómo. ¿Cómo?. Pues ahora por una vez responde:
lo sabes quizá como aquello que en las horas
es de sangre, como el amor quizá lo sabes,
como el amor que es miseria o la soledad
de un cuchillo que en la perdida arena
el rostro de un adiós dibuja; y lo sabes
tal vez también como la lluvia, como la lluvia estúpida
que hace que se va pero como la tierra le da lástima
del todo no se marcha, incansable la danzarina lluvia de los versos
y que vuelve y acusa y acribilla
al corazón marchito
y por último quizá lo sabes
como si bastara el mundo, como si algo hubiera que bastara
para poder soportar los insoportables muros
en que jamás consigue florecer la espera,
de este modo es acaso como sabes de esta lluvia,
de la lluvia estúpida ésta, o tu lugar de nunca.

MAÑANAS

Tras los visillos del anónimo bar de mañana o de hoy,
tras el punzante, opresivo alcohol en que renuncias a la vida
y por el que te vuelves una inútil risa lloviendo entre la sombra
pero en el que te envuelves como niño y sin objeto
porque parece que a la miseria aún más te acerca;
tras los huérfanos bares, tras los daños y las agujas
del alcohol sedante, tras ese configurado modo de vivir
al que respondes junto con algún que otro fracaso
que como niños buenos se dan la mano para ir
en fila india sobre el desprecio de las calles
tu mirada de caído dios hasta el fin sabe
que tus mañanas no pueden ser más tristes.
Invariablemente tus mañanas no pueden ser más tristes
que unos papeles que ni siquiera sean mentira.
Y aunque algún imbécil —doctorado, eso sí, por cualquier cosa—
te demuestre con libros, con arrugas y con citas
la vulgaridad fría de ese verso
tú no puedes hacer ya más que repetirlo, una vez y otra,
incansable y como por encima de esas ciudades grises
en que el amor es un muñeco que se olvida:
tus mañanas no pueden ser más tristes,
si es que quedan mañanas, si te quedan aún a ti,
cegador de caminos, el abandonado de todo,